

HISTORIOGRAPHY ON THE CARTHAGINIANS (1730-1920):  
FROM REPUBLICAN MERCHANTS TO DECADENT ORIENTALS

# La historiografía sobre los cartagineses (1730-1920): de mercaderes republicanos a orientales decadentes

Iván Fumadó Ortega

**Universitat de València**

I.Fumado.Ortega@uv.es - <https://orcid.org/0000-0002-8583-4914>

Fecha recepción 22.03.2021 Fecha aceptación 16.06.2021

## Resumen:

Se analizan las características metodológicas e ideológicas de las primeras historias publicadas en España, Francia, Reino Unido y Alemania, centradas en la ciudad de Dido y Aníbal. El periodo cubierto por la historiografía «cartaginesa» que se va a tomar en consideración aquí va desde principios del siglo XVIII hasta el periodo de entreguerras del siglo XX y está compuesta por las obras de

## Abstract:

I analyse the methodological and ideological characteristics of the first histories of the Carthaginians published in Spain, France, the United Kingdom and Germany. The period defined for this “Carthaginian” historiography spans the early 18th century to the 20th century interwar period and includes works by the following ten authors: Ch. Rollin, P. Rodríguez Campomanes, A. H. L.

---

\* Este trabajo ha sido posible gracias a la financiación del MCIN/AEI/10.13039/501100011033, de “FEDER Una manera de hacer Europa” y “FSE Invierte en tu futuro”, en el marco de sus ayudas a Proyectos de I+D de Generación de Conocimiento de 2018, al proyecto *Cartago y su territorio. Del 1.º púnico al pagus Zeugei, paisajes económicos y organización territorial* (PGC2018-095280-A-100). Asimismo, este trabajo se ha beneficiado del Subprograma de Ayudas para Contratos Ramón y Cajal del MICINN (RYC-2016-21078).

los siguientes diez autores: Ch. Rollin, P. Rodríguez Campomanes, A. H. L. Heeren, A. Dureau de la Malle, R. Bosworth Smith, A. Church, E. Babelon, O. Meltzer, U. Kahrstedt y S. Gsell. A partir de este último autor, las «historias de Cartago» alcanzaron un elevado estándar metodológico que, con ciertas reservas, se puede considerar actual. Pero el perfeccionamiento metodológico alcanzado por estas obras positivistas camufló una importante carga ideológica y política, que ha lastrado la investigación de la siguiente centuria.

### Palabras clave

Cartago, fenicio-púnicos, historiografía, historicismo, positivismo, objetividad/subjetividad.

Heeren, A. Dureau de la Malle, R. Bosworth Smith, A. Church, E. Babelon, O. Meltzer, U. Kahrstedt and S. Gsell. The latter achieved a high methodological standard which, with some caution, can be considered current. At the same time, however, this methodological improvement masked a substantial ideological and political bias, which has profoundly affected research conducted in the following century.

### Keywords

Carthage, Phoenician-Punic, historiography, historicism, positivism, objectivism/subjectivism.

## Introducción

Cartago, la ciudad de Dido y Aníbal, es, a la vez, una apasionante realidad histórica, un yacimiento arqueológico declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad, un símbolo nacional tunecino y un *topos* del imaginario colectivo occidental como gran rival de la Antigua Roma. Los diferentes aspectos de esta realidad poliédrica se alimentan mutuamente y mantienen vivo el interés tanto por el mito como por la investigación: El yacimiento de Cartago era el principal atractivo para aquellos turistas extranjeros que, tras los atentados de 2015, han vuelto a visitar Túnez; el Coliseo de Roma le ha dedicado en 2019 una exposición de gran éxito de público<sup>1</sup>, que se suma a las celebradas en 2015 en Leiden, en 2004 en Karlsruhe y en París en 1995<sup>2</sup>; las investigaciones arqueológicas en el yacimiento no cesan de publicar sus resultados y, sólo en la última década, cuatro nuevas síntesis históricas han visto la luz<sup>3</sup>, lo que pone de relieve la actualidad del argumento. La evaluación de esta reciente producción bibliográfica será el objetivo de un futuro artículo pero, para ello, es necesario conocer las bases historiográficas sobre las que esta producción se apoya. Sin esta base, creada durante aproximadamente dos siglos de actividad erudita y progresivamente académica, no serían posibles los avances actuales. En las próximas páginas se va a analizar el proceso de gestación de esta base bibliográfica desde un punto de vista principalmente metodológico, pero también ideológico.

Así, este trabajo no reconstruye la investigación sobre la Cartago púnica<sup>4</sup>, sino que analiza las síntesis históricas que la tomaron como objeto de estudio. De este modo, este artículo se diferencia de otros dedicados a la bibliografía sobre los fenicios y, más específicamente, a

---

1. Alfonsina Russo, Francesca Guarneri, Paolo Xella y José Ángel Zamora López, *Carthago. Il mito immortale*, Milán, 2019.

2. Éstas, a su vez, se beneficiaron de la gran acogida de crítica y público que tuvo la gran exposición sobre los fenicios celebrada en 1988 en el Palazzo Grassi de Venecia: Sabatino Moscati (ed.), *I fenici*, Milán, 1988.

3. Dexter Hoyos, *The Carthaginians*, Londres, 2010; Richard Miles, *Carthage must be destroyed. The rise and fall of an ancient civilization*, Londres, 2010; Khaled Melliti, *Carthage. Histoire d'une metropole méditerranéenne*, Paris, 2016; Nathan Pilkington, *The Carthaginian Empire. 550-202 BCE*, New York, 2019.

4. Iván Fumadó Ortega, *Cartago. Historia de la investigación*, Madrid, 2009.

su presencia en la Península Ibérica<sup>5</sup> o sobre el futuro de la investigación púnica<sup>6</sup>. No se van a analizar aquí, por tanto, obras temáticamente próximas a, pero no centradas exclusivamente en, la historia de Cartago, como, por ejemplo, las síntesis sobre la religión fenicia o sobre la expansión de los fenicios en el Mediterráneo, las biografías de Aníbal, ni la historiografía específica de las Guerras Púnicas o de la ocupación cartaginesa de la Península Ibérica, argumentos todos ellos que cuentan con su (extensa) bibliografía específica. Las diez obras seleccionadas en este trabajo se singularizan por haber escogido la historia de Cartago como objeto principal de su investigación.

Llamará quizá la atención el hecho de que la historiografía española no se haya prodigado excesivamente sobre este tema, pese a que algunos episodios estrechamente ligados a él, como las fundaciones fenicias arcaicas en el Extremo Occidente, el desarrollo peninsular de las poblaciones púnicas, las relaciones cartaginesas con éstas y con otras poblaciones peninsulares, además del periodo de la conquista bárquida, sean fundamentales para la historia antigua de nuestra península<sup>7</sup>. Pero, aunque la dinámica histórica española ha provocado que solo excepcionalmente el interés de sus investigadores se haya extendido más allá de nuestras fronteras (a veces limitadas incluso al nivel autonómico), la historia de Cartago es y será parte de nuestra historia colectiva no sólo por los episodios que, puntualmente, se desarrollaron en nuestras geografías locales, sino porque esta historia es parte de Occidente, de la cultura

---

5. Alfredo Mederos Martín, “Fenicios evanescentes. Nacimiento, muerte y redescubrimiento de los fenicios en la Península Ibérica, 1. (1780-1935)”, *Saguntum*, 33, 2001, 37-48; “Fenicios evanescentes. Nacimiento, muerte y redescubrimiento de los fenicios en la Península Ibérica, 2. (1936-1968)”, *Saguntum*, 36, 2004, 35-46; Juan Antonio Martín Ruiz, “Los estudios sobre la colonización fenicia en España del siglo XVIII”, *Saguntum*, 37, 2005, 17-26; José Ángel Zamora López, “Los estudios de corte filológico sobre la presencia fenicia en la Península Ibérica: la investigación española hasta mediados del s. XX”, *Madridier Mitteilungen*, 56, 2015, 88-108.

6. Fernando Prados Martínez, “Pasado, presente y futuro de las investigaciones sobre el mundo púnico: una revisión ante el nuevo Milenio”, *CuPAUAM*, 27, 2001, 63-78.

7. Aunque no encajen exactamente con el argumento principal de este estudio, cabe citar aquí, sin ánimo de exhaustividad, algunos trabajos publicados en castellano y dedicados a diversos aspectos de la historia de Cartago: Jaime Alvar Ezquerra y Carlos González Wagner, “Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago”, *Gerión*, 3, 1985, 79-95; José Luis López Castro, “Cartago y la Península Ibérica: ¿imperialismo o hegemonía?”, en B. Costa y J. Fernández (eds.), *La caída de Tiro y el auge de Cartago*, V JAFP, Ibiza 1990, Ibiza, 1990, 73-86; Carlos González Wagner, “Guerra, ejército y comunidad cívica en Cartago”, en Pedro Sáez Fernández y Salvador Ordóñez Agulla (eds.), *Homenaje al profesor Presedo*, Sevilla, 1994, 825-835; Jaime Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249-237 a.C.)*, Alcalá de Henares, 1996; Fernando Quesada Sanz, “En torno a las instituciones militares cartaginesas”, en Benjamín Costa y Jordi Fernández (eds.), *Instituciones, demos y ejército en Cartago*, XXIII JAFP, Ibiza 2008, Ibiza, 2009, 143-172; Luis Alberto Ruíz Cabrero, “Sociedad, jerarquía y clases sociales en Cartago”, en Benjamín Costa y Jordi Fernández (eds.), *Instituciones, demos y ejército en Cartago*, XXIII JAFP, Ibiza 2008, Ibiza, 2009, 31-97; Iván Fumadó Ortega, *Cartago fenicio-púnica. Arqueología de la forma urbana*, Sevilla, 2013; Enrique Gozalbes Cavrioto, “Características y evolución del ejército de Cartago (siglos IV-IV a.C.)”, *Revista de historia militar*, 124, 2018, 209-238.

mediterránea a la que pertenecemos y que determina, a veces de forma poco perceptible pero constante, muchos rasgos de nuestra identidad cultural.

Las historias de Cartago que actualmente existen en castellano son las traducciones de las monografías de B. H. Warmington, de S. Moscati, de W. Huß y de S. Lancel, cuyos originales datan de 1960, 1982, 1985 y 1992, respectivamente<sup>8</sup>. Tras estas obras se publicó en 2000 la de C. González Wagner<sup>9</sup> y, desde entonces, han aparecido otras dos monografías en inglés y dos en francés<sup>10</sup>. También cabe mencionar las introducciones a la historia cartaginesa que se integran como capítulos en obras más generales, bien en originales en castellano<sup>11</sup>, bien traducidas<sup>12</sup>, algunos de los cuales se han centrado sólo en las fases arcaicas<sup>13</sup>. El resto de la bibliografía española reciente, como se ha indicado más arriba, se interesa, principalmente, por la influencia y las relaciones mantenidas entre las poblaciones peninsulares y el elemento exógeno cartaginés, por lo que no será analizada en este trabajo<sup>14</sup>.

Lo que se encontrará en las siguientes páginas, en definitiva, es un análisis metodológico e ideológico de las primeras historias modernas de Cartago<sup>15</sup>, desde sus orígenes hasta la publicación de la *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* de S. Gsell (1913-1929). El análisis exhaustivo y contextual de la producción bibliográfica española, francesa, británica y alemana sobre Cartago durante estos casi dos siglos requeriría la realización de una tesis doctoral. En este artículo, en cambio, lo que se propone es una breve síntesis de las diez obras consideradas más relevantes de entre las producidas por las mencionadas escuelas. Las obras comprendidas en este estudio no han sido escogidas sin motivo: la primera de ellas, la que publicó Ch. Rollin en 1730, es la que el autor considera como la primera obra «moderna» de historia de Cartago, en el sentido de que cuenta por primera vez con los rasgos comunes a una obra

---

8. Brien H. Warmington, *Cartago*, Barcelona, 1969. [trad.: J. L. Lana]; Sabatino Moscati, *Cartagineses*, Vitoria, 1984 [trad.: J. L. Albizu]; Werner Huß, *Los cartagineses*, Madrid, 1993 [trad.: J. M. Díaz Regañón]; Serge Lancel, *Cartago*, Barcelona, 1994. [trad. M. J. Aubet].

9. Carlos González Wagner, *Cartago. Una ciudad, dos leyendas*, Madrid, 2000.

10. Ver n. 3.

11. Como la sección de C. González Wagner en el manual (José María Blázquez Martínez, Jaime Alvar Ezquerro y Carlos González Wagner, *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Madrid, 1999), cuyo texto será la base de la monografía que este último autor publicará al año siguiente (ver n. 9).

12. Maurice Sznycer, "Cartago y la civilización púnica", en Claude Nicolet (ed.), *Roma y la conquista del mundo mediterráneo*, Barcelona, 1984, 423-466 [1978, trad.: J. Faci Lacasta].

13. Michel Gras, Pierre Rouillard y Xavier Teixidor, *El universo fenicio*, Madrid, 1991 [1989, trad.: D. de la Iglesia]; María Eugenia Aubet Semmler, *Tiro y las colonias fenicias de occidente*, 3ª ed., Barcelona, 2009.

14. La cita de estas numerosas publicaciones extendería enormemente la bibliografía de este artículo. Baste mencionar aquí los congresos que periódicamente organiza el Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, cuya última edición publicada fue la 8ª reunión, en Alicante: Fernando Prados Martínez y Feliciano Sala Sellés (eds.), *El Oriente de Occidente: fenicios y púnicos en el área ibérica*, VIII Coloquio Internacional del CEFYP, Alicante, 2017).

15. En este texto se hará referencia a la historiografía «cartaginesa» entrecomillando el término ya que, obviamente, no se trata de una producción bibliográfica procedente de Cartago, sino de la historiografía moderna sobre esta ciudad antigua.

científica (espíritu crítico, ánimo de exhaustividad, referencia a las fuentes, etc.) que, aunque no se dedica exclusivamente a Cartago, sí se centra en este argumento y, así, sienta las bases de la historiografía posterior. La última de las obras, la de S. Gsell, se ha seleccionado por considerar que se alcanza con ella un estándar metodológico que permanecerá vigente durante gran parte del siglo XX y, de ese modo, puede ser interpretada como el final de un largo proceso de evolución metodológica relacionada con la investigación sobre Cartago.

Hechas estas premisas, las obras que se van a considerar a continuación son las de Ch. Rollin, que se publicó en 1730, la de Campomanes, en 1756, la de A. H. L. Heeren, en 1793, la de A. Durau de la Malle y J. Yanoski, en 1844-1845, la de R. Bosworth Smith, en 1878, la de A. Church, en 1886, la de E. Babelon, en 1896, las de O. Meltzer, en 1879 y 1896, la de U. Kahrstedt, en 1913, y la de S. Gsell, publicada entre 1913 y 1920.

## 2. El punto de partida: los textos grecolatinos sobre Cartago

Cartago, como es bien sabido, fue fundada a finales del siglo IX a.C. por colonos procedentes de la ciudad fenicia de Tiro, en el Líbano actual. Durante el I milenio a.C. se convirtió en una de las ciudades-Estado más potentes del Mediterráneo occidental hasta que, a mediados del siglo III a.C., diversos roces con el expansionismo romano acabaron desatando una serie de enfrentamientos de larga duración, que terminaron con la destrucción de la ciudad y su Estado en 146 a.C.

En esta ciudad antigua se redactaron textos de gran calado en lengua púnica, como la enciclopedia agronómica de Magón, y también en griego, como el relato de la Segunda Guerra Púnica de los intelectuales helenos que acompañaron al general Aníbal. Pero, aunque quizá las bibliotecas cartaginesas pudieron guardar también historias (púnicas) comparables a las de Heródoto, Tucídides o Éforo de Cime, nada de ellas ha sobrevivido hasta nuestros días<sup>16</sup>. Así, desde la destrucción de la ciudad, los relatos exógenos de autores griegos y romanos han sido la principal fuente de información para reconstruir su historia. No se ha conservado ninguna obra histórica ni literaria cartaginesa, por lo que carecemos de algo comparable a la analística romana o a las historias griegas antes mencionadas. Por este motivo, la cantidad y variedad de fuentes escritas para reconstruir una historia de Cartago son, comparativamente, mucho más reducidas que para Roma o Atenas.

Además, la cronología que cubren los relatos más detallados sobre antigüedades cartaginesas, como los de Diodoro de Sicilia o Polibio, arrancan sólo a finales del siglo V a.C. Esta parece ser la fecha del establecimiento militar de Cartago en Sicilia<sup>17</sup> y, por tanto, marca

---

16. Maurice Szyner, “La littérature punique”, *Archéologie vivante*, 1, 1968, 141-148.

17. La batalla de Himera del 480 a.C. no parece haber estado motivada por una conquista territorial de Sicilia por parte del Estado cartaginés, sino por el conflicto entre redes aristocráticas rivales que, desde varias ciudades, competían por el control de los flujos comerciales, rutas de comunicación e instituciones de gobierno en diversas *poleis* siciliotas: Adolfo Domínguez Monedero, “Cartago y Sicilia durante los siglos VI y V a.C.”, en Eduardo Ferrer Albelda (ed.), *Los púnicos de Iberia. Proyectos, revisiones, síntesis*,

el inicio del interés de la historiografía griega por la ciudad púnica, ya que los historiadores antiguos, a comenzar por los mencionados Heródoto y Tucídides, no fueron sino historiadores contemporáneos cuyo objetivo principal era explicar cómo se había llegado hasta la situación que para ellos era la presente<sup>18</sup>. Las referencias al pasado remoto, aunque resulten habituales en los autores antiguos, solían solucionarse recurriendo al mito y, en todo caso, son introducciones más o menos breves a la cuestión principal y, para ellos, actual<sup>19</sup>. Por este motivo, los autores antiguos mencionados más arriba, más Tito Livio, Apiano, Orosio, entre otros, no nos ofrecen una narración detallada de lo sucedido en Cartago entre los siglos IX y V a.C., a excepción del epítome tardío que Justino realizó de la obra de época augustea de Trogo Pompeyo, cuyo análisis resulta controvertido<sup>20</sup>, tanto más por los varios usos que se le ha dado, ya incluso desde la *Crónica General de España* de F. Ocampo<sup>21</sup>, hasta la actualidad<sup>22</sup>.

Gracias a la recuperación de estas narraciones antiguas durante el Renacimiento se han podido conocer, *grosso modo*, los episodios de conquista cartaginesa en África, Cerdeña y Sicilia y, especialmente, el desarrollo de las Guerras Púnicas, además de algunas noticias sobre la fundación de la ciudad recogidas por Salustio y Apiano. Otros autores, como Silio Itálico y Virgilio, fueron considerados ya durante la Ilustración como excesivamente literarios.

En las últimas décadas se han analizado con particular atención los problemas asociados a la utilización de estos textos en relación con los contextos políticos de los que surgen y a los prejuicios que vehiculan, bien de manera subliminal, bien de forma explícita<sup>23</sup>. Especial

---

Mainake 32-2, Málaga, 2010, 735-759; Iván Fumadó Ortega, “Uno de los nuestros. Redes aristocráticas e institucionalización del poder en Cartago durante los siglos VI-V a.C.”, *Gerión*, 31, 2013, 117-146. Los efectos que tuvo este conflicto en la política interna cartaginesa parecen haber sido magnificados por la historiografía antigua: Walter Ameling, *Karthago, studien zu militär, Staat und gesellschaft*, Múnich, 1993, 33-44.

18. François Cadiou, Clarisse Coulomb, Anne Lemonde y Yves Santamaria, *Comment se fait l'histoire. Pratiques et enjeux*, París, 2005, 27-28.

19. Cadiou et al., *Comment... op. cit.*, 29-31.

20. José Miguel Alonso Núñez, *La historia universal de Pompeyo Trogo. Coordinadas espaciales y temporales*, Madrid, 1992; Manuel Álvarez Martí-Aguilar, “Hijos de Melqart. Justino (44.5) y la koiné tira entre los siglos IV y III a.C.”, *Archivo Español de Arqueología*, 87, 2014, 21-40.

21. Pamina Fernández Camacho, “El “Epítome” de Justino como mina de motivos historiográficos humanísticos. Fenicios, cartagineses y romanos en la ciudad de Gades”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, 38-2, 2018, 215-227.

22. cf. Paolo Bernardini, “Giustino, Cartagine e il tofet”, *Rivista di studi fenici*, 24, 1996, 27-45. Además, recientemente se ha publicado una nueva edición, extendida en más de mil páginas en dos volúmenes: Luigi Santi Amantini (ed.), *Storie filippiche: epitome da Pompeo Trogo*, Tivoli, 2017; véanse también: Franca Landucci Gattioni y Cinzia Bearzot, *Studi sull'Epitome di Giustino. I., Dagli Assiri a Filippo II di Macedonia*, Milán, 2014; Alice Borgna, *Ripensare la storia universale: Giustino e l'Epitome delle Storie Filippiche di Pompeo Trogo*, Zurich/Nueva York, 2018.

23. Michel Dubuisson, “L'image du carthaginois dans la littérature latine”, Eric Gubel, Edward Lipiński y Brigitte Servais-Soyez (eds.), *Histoire Phénicienne*, Studia Phoenicia 2, Leuven, 1983, 159-167; John H. Starks, “Fides Aeneia: the Transference of the Punic Stereotypes in the Aeneid”, *The Classical Journal*, 94,

atención ha recibido la larga y llamativa historia de la demonización cartaginesa, motivada por los mencionados prejuicios surgidos entre sus rivales en contextos bélicos y de resentimientos postbélicos durante la Antigüedad, pero también resignificados en época moderna al compás del antisemitismo, racismo, colonialismo y nacionalismo de los Estados industrializados<sup>24</sup>. En las próximas páginas veremos que dichos prejuicios no son inmanentes ni inmutables, sino que su aparición y tratamiento en la historiografía moderna depende de la agenda y del contexto de los diferentes investigadores.

Actualmente se está afianzando entre una parte de los colegas anglosajones una opinión cada vez más crítica sobre el uso que se puede hacer de los autores grecolatinos que se refieren a Cartago. Al mismo tiempo, el conjunto creciente de datos arqueológicos publicados parece dominar todos los aspectos de la investigación fenicio-púnica, con resultados muy positivos. No obstante, sigue habiendo un cierto hiato entre la evidencia arqueológica cartaginesa y la atención que ésta recibe en las últimas síntesis históricas.

En el próximo apartado se van a explorar algunas de estas primeras síntesis que, por las fechas tempranas en las que fueron redactadas, no disponían de los datos arqueológicos, ni numismáticos, ni epigráficos actuales. Veremos que, no obstante, pronto se compuso una estructura narrativa que perdurará parcialmente hasta nuestros días y que, por tanto, justifica que les dediquemos nuestra atención.

### 3. Las primeras historias modernas de Cartago

En este apartado se van a explorar algunas de las primeras historias de Cartago redactadas en Europa entre los siglos XVIII y XIX. El objetivo de este ejercicio no es adentrarse en los problemas de la historiografía ilustrada<sup>25</sup> o del surgimiento y ocaso del historicismo frente al triunfo del positivismo<sup>26</sup>, sino mostrar al lector cuál es la base sobre la que se apoyaron los monumentales aportes de la historiografía positivista sobre Cartago. Estas últimas obras no hubieran podido ser producidas sin el anterior desarrollo metodológico de la crítica textual, por un lado y, por otro, sin los paulatinos aportes de la arqueología. Esta historiografía positivista, de la que O. Meltzer, U. Kahrstedt y S. Gsell fueron los exponentes para Cartago,

---

1999, 255-283; Jean-Michel Poinssotte, “L’image du carthaginois à Rome”, en Claude Briand-Ponsart y Sylvie Crogiez (eds.), *L’Afrique du Nord Antique et Médiévale*, Rouen, 2002, 77-86, entre otros.

24. Brien K. Garnand, “Phoenicians and Carthaginians in the Western imagination”, en Carolina López-Ruiz y Brian R. Doak (eds.), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, Oxford, 2019, 697-712.

25. Fernando Wulff Alonso y Gonzalo Cruz Andreotti, “On ancient history and Enlightenment: two Spanish histories of the eighteenth century”, *Storia della Storiografia*, 23, 1993, 75-94.

26. Juan José Carreras Ares, “El historicismo alemán”, en S. Castillo (ed.), *Estudios de Historia de España: homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, II, Madrid, 1981, 627-642; “Ventura del positivismo”, *Idearium. Revista de Teoría e Historia Contemporánea*, 1, 1992, 7-23; Fernando Wulff Alonso, *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, 2003; Marc Baldó i Lacomba, *El saber histórico*, Valencia, 2013, 205-236.

aparece hoy en gran parte superada. Sin embargo, sus obras han marcado profundamente la historiografía «cartaginesa» del siglo XX y, en ciertos aspectos, conservan todavía su utilidad.

Hasta la segunda mitad del siglo XVII la redacción de historias solía confundirse con panegíricos dedicados a los gobernantes. La recogida de informaciones consistía en un proceso de acopio de datos útiles a la finalidad de la obra, más moralizante que otra cosa, sin invertir excesivo esfuerzo en discriminar entre aquellas fuentes verídicas de otras fabulosas. Algunos pasajes relacionados con Cartago se encuentran en obras de autores españoles de esta época, como en las *Historiae* de J. de Mariana, de 1601, o en el *Compendio* de E. Garybay, de 1628<sup>27</sup>, incluso en el librito monográfico de G. Ibáñez de Segovia Peralta y Mendoza, Marqués de Mondéjar<sup>28</sup>. Pero, según avanzaba el Siglo de las Luces, crecía el interés por distinguir entre las leyendas y los hechos y, al mismo tiempo, la atención de los historiadores se desplazaba desde los hombres singulares hacia los pueblos, su carácter, religión y dinámica política y económica<sup>29</sup>.

Un ejemplo precoz y notable de esta nueva forma de escribir la historia, y que podríamos calificar como la primera historia «moderna» de Cartago, es la que apareció en 1730 en la enciclopedia de Ch. Rollin, que sería traducida al castellano en 1755, aunque sólo en una versión muy reducida<sup>30</sup>. Esta obra presenta, en los dos primeros de sus 13 tomos, una *Histoire des Carthaginois* dividida en dos partes: en la primera se hace el estudio de una selección de temas (religión, formas de gobierno, comercio, minería, guerra, artes y ciencias, y carácter y costumbres de los cartagineses), mientras que en la segunda se relatan detalladamente la fundación de la ciudad y sus guerras, principalmente contra Siracusa y Roma. Esta obra tiene el gran mérito de establecer las dos formas de estructurar la información sobre la Historia de Cartago que van a perdurar prácticamente hasta nuestros días: por una parte, el análisis de aquellos elementos considerados relevantes por el historiador para su objetivo de caracterizar la sociedad estudiada; por otra, el *collage* de las narraciones bélicas grecolatinas que permite reconstruir una *histoire événementielle*, es decir, una sucesión de hechos militares, que, para el caso de Cartago, como hemos visto más arriba, puede cubrir sólo una parte del total de su historia. Aún es pronto para encontrar aquí un estudio crítico de los testimonios antiguos, pero hay una clara voluntad de recoger la información de aquellos textos que el autor considera como la fuente primaria, los textos grecolatinos, distanciándose de la mitología y las fábulas contenidas en los cronicones medievales.

---

27. Eduardo Ferrer Albelda, *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la historia de España*, Sevilla, 1996, 35-45.

28. Gaspar Ibáñez de Segovia Peralta y Mendoza, *Cartago africana, sus nombres, fundación y aumento*, Madrid, 1664.

29. Ferrer Albelda, *La España... op. cit.*, 53-68.

30. Encarnación Medina Arjona, "Las traducciones de Charles Rollin y su lugar en la bibliografía pedagógica española del siglo XVIII", en Francisco Lafarga (ed.), *La traducción en España (1750-1830): lengua, literatura, cultura*, Lleida, 1999, 233-242.

De este trabajo pionero se beneficiará la historia de la *Antigüedad marítima de la república de Cartago* del Conde de Campomanes<sup>31</sup>. Quien poco después fuese nombrado Ministro de Hacienda de Carlos III, se interesó aquí, exclusivamente a partir de los autores antiguos<sup>32</sup>, por la experiencia de una república marítima y comercial que luchaba por el control de los mares por entonces conocidos. Aunque P. Rodríguez Campomanes dedicó casi la mitad de esta obra a un único episodio, el conocido como *El periplo de Hannón*, en el que un texto helenístico describe una fallida circunnavegación cartaginesa por África, el interés del trabajo de Campomanes está en el intento de reconstrucción de los aspectos políticos y comerciales de la antigua Cartago. Este interés traduce las preocupaciones de la élite política y cultural de un país cuya diplomacia internacional se sentía protagonista de la historia global. La gran aportación de esta obra a la historiografía española (o en castellano)<sup>33</sup> hay que valorarla a la luz de otros trabajos de su tiempo, como la *España primitiva* de H. M. de la Huerta<sup>34</sup>, motivo de burla, pero avalada por las más altas instituciones culturales de la época<sup>35</sup>, así como frente a la historiografía posterior, que no retomará este tema de forma monográfica hasta el año 2000.

Aunque siguiendo una línea de interés parecida, Campomanes no se dejó llevar por paralelos anacrónicos explícitos, como los que utilizó Montesquieu en sus *Consideraciones* de 1734. En ellas, Roma y Cartago se toman como ejemplos históricos con los que comparar las naciones ilustradas, según éstas se vuelquen más o menos en las conquistas territoriales y agrícolas o en la guerra y el comercio marítimos. Montesquieu sólo se refirió a Cartago brevemente, pero en esta misma línea se pueden inscribir las *Ideas* que A. H. L. Heeren publicó en 1793<sup>36</sup>. En esta historia no se usan más fuentes que las procedentes de los autores greco-latinos y algunas inscripciones fenicias, que trabajos de orientalistas, como J.-J. Barthélemy, J. Swinton o R. Pococke, habían ido haciendo accesibles en las décadas anteriores. Pero estas fuentes no se emplean como un simple relato de eventos sucesivos, sino como base para analizar argumentos económicos y políticos, que son los que interesan a este historiador, natural de la ciudad hanseática de Bremen. En casi 300 páginas estudia detenidamente la

31. Pedro Rodríguez Campomanes y Pérez Sorribas, *Antigüedad marítima de la República de Cartago. Con el Periplo de su General Hannón*, Madrid, 1756.

32. José María Peralta Sosa, "Cartago en la obra de Rodríguez Campomanes", *Campo abierto. Revista de educación*, 4, 1987, 73-87.

33. No podemos tomar en consideración aquí la obra de Marcos Espinel, *Roma y Cartago: paralelo histórico*, Guayaquil, 1898, ya que, el que fuera ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores de Ecuador, no presenta más que un relato novelado de las Guerras Púnicas.

34. Francisco Javier Manuel de la Huerta y Vega, *España primitiva*, Madrid, 1738.

35. Ferrer Albelda, *La España... op. cit.*, 54. Por otra parte, en los *Anales de la nación española desde el tiempo más remoto hasta la entrada de los romanos* publicados por el Marqués de Valde flores en 1752 sólo hacen referencia a episodios cartagineses en la Península Ibérica: Ferrer Albelda, *La España... op. cit.*, 168-169.

36. Christoph Becker-Schaum, A. H. L. Heeren. *Ein Beitrag zue Geschichte der Geschichtswissenschaft zwischen Aufklärung und Historismus*, Frankfurt, 1993.

colonización cartaginesa del Mediterráneo central, la constitución e ingresos de su Estado, su navegación y comercio, agricultura, potencia militar y su decadencia. Las guerras contra Roma ocupan, en cambio, apenas 30 páginas. Ya hace notar A. H. L. Heeren que la mayoría de los autores grecolatinos escribieron sumidos en un clima bélico o, al menos, hostil frente a Cartago y que, por tanto, asumir sin más su perspectiva militarista le habría impedido ver con claridad la realidad del Estado cartaginés<sup>37</sup>. Esta advertencia, que caería en saco roto en la centuria siguiente, aún no ha perdido actualidad.

Junto a estas aportaciones a la Historia económica y política de la Antigüedad también se consolidaba el interés por la religión cartaginesa<sup>38</sup>, ámbito que se prestaba fácilmente a su demonización, debido a sus ritos supuestamente infanticidas, a la práctica de la prostitución sagrada y a la perfidia que le asignaron algunos autores antiguos, especialmente a partir época imperial romana<sup>39</sup>. Asistimos durante estas décadas a la cimentación en la historiografía moderna<sup>40</sup> de estos prejuicios partidistas anticartagineses (perfidia, crueldad, hipocresía)<sup>41</sup> que, no obstante, estuvieron lejos de ser compartidos por todos los antiguos<sup>42</sup>. En buena medida, estos prejuicios antiguos encajaban bien en la argumentación de algunos historiadores modernos porque sus propias obras partían también de perspectivas nacionalistas bélicas, contra los ingleses en J. Michelet, y, en mayor o menor grado, racistas contra africanos y/o semitas, como en J. F. W. Böttiger, B. G. Niebuhr o Th. Mommsen<sup>43</sup>. El valor moralizante de la historia subyace en todas estas últimas aproximaciones a Cartago, pese a que la crítica textual

---

37. Arnold Hermann Ludwig Heeren, *Ideen über Politik, den Verkehr, und den Handel der vornehmsten Völker der alten Welt*, 3ª ed., Göttingen, 1815, 24.

38. Friedrich Münter, *Religion der Carthager*, 2ª ed., Copenhagen, 1821.

39. George Devallet, “Perfidia plus quam punica. L’image des Carthaginois dans la littérature latine, de la fin de la République à l’époque des Flaviens”, *Lalies*, 16, 1995, 17-28.

40. Wilhelm Böttiger, *Geschichte der Carthager nach den Quellen bearbeitet*, Berlín, 1827; Jules Michelet, *Histoire romaine*, 1. République, París, 1831; cf. Martina Trapp, *Darstellung karthagischer Geschichte in der deutschen Geschichtswissenschaft und in Schulbüchern von der Mitte des 19. Jahrhunderts bis zum Ende des Nationalsozialismus. Untersuchungen zur Rezeptionsgeschichte*. Tesis inédita Universität Regensburg, 2003, 83-96.

41. Luisa Prandi, “La ‘fides punica’ e il pregiudizio anticartaginese”, en Marta Sordi (ed.), *Conoscenze etniche e rapporti di convivenza nell’antichità*, Milán, 1979, 90-97.

42. Pedro Barceló Batiste, “The Perception of Carthage in Classical Greek Historiography”, *Acta Classica*, 37, 1994, 1-14.

43. B. G. Niebuhr y Th. Mommsen no publicaron obras específicamente dedicadas a la historia de Cartago pero, en el marco de sus *Historias de Roma*, se ocuparon de la ciudad púnica contribuyendo a establecer un lugar común sobre la moralidad poco ejemplar de los cartagineses: Barthold Georg Niebuhr, *Römische Geschichte von dem ersten punischen Kriege bis zum Tode Constantins, mit einer Einleitung über die Quellen und das Studium der römischen Geschichte*, Jena, 1844; Theodor Mommsen, *Römische Geschichte*, 1. *Bis zur Schlacht von Pydna*, Leipzig, 1854; cf. Marion Bolder-Boos, “Mutige Seefahrer und gierige Händler. Darstellung der Karthager in der neuzeitlichen Forschung”, *Carthage Studies*, 11, 2019, 164-165; Trapp, *Darstellung... op. cit.*, 59-82, 97-132.

y la consideración integrada de diferentes tipos de textos (epigráficos, jurídicos, etc.), elevaba progresivamente la calidad del tratamiento dado a las fuentes clásicas.

Una de las primeras obras que integró el registro arqueológico, si bien por entonces aún ciertamente escaso, fue la de A. Dureau de la Malle, miembro de la *Académie des inscriptions et belles-lettres* y *amateur* del coleccionismo y la arqueología, que publicó sus trabajos de campo sobre la topografía de Cartago en 1835 y que, con la colaboración del profesor J. Yanoski, publicó en 1844 una *Histoire de Carthage* traducida al castellano al año siguiente por el periodista V. Díez Canseco<sup>44</sup>. Su valor radica, como se ha indicado, en la voluntad de ampliar el volumen de datos de partida, tomando en consideración por primera vez la realidad del yacimiento. No obstante, su uso se restringe a las hipótesis sobre los movimientos de tropas durante el asalto y destrucción de la ciudad y no influye en el planteamiento general del discurso histórico. Éste, en realidad, adopta el esquema propuesto en la segunda parte de la obra de Ch. Rollin, publicada un siglo antes, y que sigue con bastante fidelidad la secuencia de eventos transmitida por los autores grecolatinos.

Hacia el final del siglo XIX cabe mencionar dos obras inglesas publicadas por sendos profesores de lenguas clásicas: la del profesor de secundaria R. Bosworth Smith en 1878 y la de A. J. Church, docente en el *University College London*, en 1886<sup>45</sup>. Pese a la elevada cualificación de ambos autores, su aportación a la historiografía «cartaginesa» todavía se inscribe en la fase que precede a la publicación de verdaderos instrumentos profesionales para el ejercicio de la Historia Antigua. El trabajo de R. Bosworth Smith destaca por su prosa brillante que, incluso hoy, resulta atractiva. A su éxito editorial contribuyó, además, la perspectiva adoptada, próxima al lector no especializado pero culto, para quien resultaba más que suficiente la exposición de los hechos históricos transmitidos por los autores antiguos y, por tanto, centrada en los enfrentamientos militares de Cartago contra los griegos de Sicilia y contra los romanos. Además, este autor evita explícitamente recurrir a la historiografía reciente, salvo en caso de encontrar alguna contradicción entre los autores clásicos. El autor deja así entender al lector que, de este modo, su acceso a la información será más directo<sup>46</sup>. No obstante, R. Bosworth Smith recoge toda una serie de lugares comunes falsos, pero ya bien establecidos durante el siglo XIX, sobre la inferioridad cultural cartaginesa respecto a

---

44. Aunque la versión francesa consta de apenas 20 páginas integradas en una *Histoire de l'Afrique ancienne*, la versión española es una verdadera monografía, mucho más extensa, dedicada exclusivamente a Cartago.

45. No se considerará aquí la obra de Mabel Moore, *Carthage of the Phoenicians in the light of modern excavation*, Londres, 1905, ya que consiste en una actualización, traducida al inglés, de una monografía de Alfred Louis Delattre, *Les tombeaux puniques de Carthage*, Lyon, 1890, director a la sazón del *Musée Lavignerie* de Cartago y principal excavador de sus necrópolis púnicas hasta su muerte, en 1932: Joan Freed, "Le père Alfred-Louis Delattre (1850-1932) et les fouilles archéologiques de Carthage", *Histoire et missions chrétiennes*, 4-4, 2008, 67-100. En dicha monografía se describen las necrópolis de las colinas de Byrsa, de Junon y de Bordj Djedid, centrándose principalmente en el contenido de sus ajuares.

46. Reginald Bosworth Smith, *Carthage and the Carthaginians*, 2ª ed, Londres, 1894, xi-xii.

griegos y romanos<sup>47</sup>, que deben entenderse dentro del contexto colonialista británico (y europeo), en el que los prejuicios de los autores antiguos más anticartagineses, mencionados más arriba, encontraban fácil acomodo. El resultado, hechas estas premisas, es una introducción sugerente que incluye, además, un último capítulo sobre la arqueología del yacimiento, si bien éste se entiende como un complemento de erudición cuyo contenido no se llega a poner en relación con la historia narrada en los capítulos anteriores.

A. J. Church publicó en 1886 una obra titulada *Carthage*<sup>48</sup>, en la que sigue la misma línea argumental de su compatriota, dedicando 250 de sus 300 páginas a las campañas militares contra sicilios y romanos. En el prefacio se mencionan seis obras recientes, de las que el autor se habría servido en cierta medida, pero su texto carece de citas. Su relato se basa directamente en la lectura de los autores clásicos<sup>49</sup> y, en general, las diferencias frente a la obra de R. Bosworth Smith son de detalle: por ejemplo, en el breve apartado dedicado a la religión, constitución y economía cartaginesa se introducen dibujos de materiales arqueológicos, principalmente estelas y monedas cartaginesas, aunque, a juzgar por el texto, con mero afán ilustrativo. En el último capítulo, en donde se explica la Tercera Guerra Púnica, se introducen también algunos croquis para ilustrar diversas hipótesis de reconstrucción de los puertos comercial y militar, también a título meramente ilustrativo, y hasta se incluye un dibujo de los conocidos como *absides de Beulé* como si fuesen parte de la muralla púnica<sup>50</sup>, cuando, ya entonces, esta interpretación no gozaba del menor crédito entre los arqueólogos<sup>51</sup>.

Este tipo de aproximación al pasado cartaginés no desaparecerá con el siglo XIX, bien al contrario, y seguirá vigente hasta nuestros días cumpliendo un papel de divulgación. El mérito de estas obras estriba en que sus autores no tuvieron a su disposición las publicaciones científicas que vieron la luz sólo posteriormente, en las que las fuentes clásicas y arqueológicas son, no sólo recogidas, sino tratadas con exhaustividad y espíritu crítico creciente, lo que facilitará enormemente la tarea de quienes, durante el último siglo, han acometido la tarea de divulgar la historia de Cartago.

Una última publicación, la de 1896 de E. Babelon, puede incluirse en este apartado, aunque no fuese concebida originalmente como una historia, sino como una guía para comprender mejor el yacimiento. Por un lado, la mayor parte de sus cerca de 200 páginas se dedican no sólo a las excavaciones, por entonces aún no excesivamente desarrolladas, y a los elementos topográficos (foro, puertos, la Byrsa, etc.) mencionados por los autores antiguos, sino también a las ruinas emergentes en superficie, todas ellas de época romana, a la configuración antigua de la península cartaginesa, a la región del interior de la ciudad de Túnez y a las costas del Golfo de Túnez. Por otro lado, se ofrece al lector un resumen histórico de la

47. Iván Fumadó Ortega, “Colonial Representations and Carthaginian Archaeology”, *Oxford Journal of Archaeology*, 32-1, 2013, 53-72.

48. La obra tuvo muchas reediciones, algunas de ellas bajo títulos algo diversos, como *Carthage or the Empire of Africa* o *The story of Carthage*, aunque el texto no fue modificado.

49. Alfred John Church, *Carthage*, Nueva York, 1901, ix.

50. Church, *Carthage*, *op. cit.*, 293.

51. Charles Tissot, *Géographie comparée de la province romaine d’Afrique*, 2 vols., París, 1884, 1.587-588.

Cartago anterior a las Guerras Púnicas, al desarrollo de este conflicto y, además, a la Cartago de época romana. Este último apartado, aunque breve y novelado, conjuga con mayor soltura que sus predecesores las informaciones de los autores antiguos, de los restos arqueológicos, de la epigrafía, la numismática y de la bibliografía reciente. Por ello, aunque esta obra no aspirase a compilar y sistematizar toda la información disponible, su autor puede situarse a la vanguardia de aquellos investigadores que no sólo comprendieron la necesidad del uso de las fuentes materiales para el estudio de la Historia Antigua, sino que lo pusieron en práctica.

Durante el siglo XIX la historiografía española, por su parte, no produjo ninguna obra monográfica sobre Cartago, estando sus temas cada vez más determinados por el nacionalismo isabelino, como la atemporal resistencia de los españoles frente a los invasores de todas las épocas, sus actos heroicos, etc., o por un provincialismo que, atomizando el relato, se presentaba más como memoria local que como una verdadera investigación sobre procesos históricos. En ambos casos, los elementos que requería este tipo de discurso se obtenían más fácilmente de la Historia Medieval y Moderna que de la Antigüedad. Todo ello, unido al giro orientalista dado por las escuelas francesa y alemana, resultó en un juicio generalizadamente peyorativo en la historiografía española hacia todo aquello relacionado con el pasado fenicio-púnico y, por tanto, también con los cartagineses, como puede comprobarse en la *Historia General de España* de M. Lafuente o en la *Historia de España* de A. Cavanilles<sup>52</sup>.

Las historias de Cartago hasta aquí comentadas fueron todas ellas pioneras<sup>53</sup>, cada una en su medida y a su manera. Frente a la historiografía anterior, éstas aportaron avances que se consolidarían en las obras posteriores. El estado embrionario de la arqueología cartaginesa durante el siglo XIX<sup>54</sup>, la falta de una metodología de excavación y de registro que permitiese comprender la potente y compleja estratigrafía de este yacimiento, que en algunos puntos alcanza hasta los 8 m de profundidad<sup>55</sup>, y la desilusión causada por una serie de errores en la valoración de los primeros restos arqueológicos hallados<sup>56</sup>, dificultaban enormemente la integración de la cultura material cartaginesa en el debate histórico de una forma metódica y razonable. Pero si desde nuestro punto de vista actual es lícito hacer alguna crítica a estas obras, ésta debe dirigirse particularmente a la relativa indefinición con la que trataron las informaciones transmitidas por los autores grecolatinos. Este uso poco sistemático de los textos antiguos amalgamó fuentes primarias y secundarias en una amplia zona gris que sólo puede esclarecerse a partir de una definición clara de ambos conceptos y de la aplicación de lo que la escuela alemana dio en llamar *Quellenforschung*. Este fue el paso que, especialmente desde la universidad alemana, se dio durante la segunda mitad del siglo XIX y primera del

52. Ferrer Albelda, *La España... op. cit.*, 69-76.

53. A excepción quizá de la de A. Church, que realmente se asemeja mucho a la de que su compatriota R. Bosworth Smith publicase tan sólo ocho años antes.

54. Fumadó Ortega, *Cartago. Historia... op. cit.*, 63-101; Joan Freed, *Bringing Carthage home: the excavations of Nathan Davis, 1856-1859*, Oxford, 2011.

55. Salomon Reinach y Ernest Babelon, "Recherches archéologiques en Tunisie (1883-1884)", *Bulletin archéologique du CTHS*, 1886, 3-78.

56. Fumadó Ortega, *Colonial... op. cit.*

XX y que, en relación a Cartago, daría sus frutos en las décadas a caballo entre ambas centurias, como veremos en el próximo apartado.

#### 4. La *Quellenforschung* aplicada a Cartago y el triunfo del positivismo

La Historia Antigua, como disciplina, presenta una serie de especificidades con respecto a aquellas otras que analizan tiempos más recientes, especialmente la Historia Contemporánea. El volumen de fuentes suele ser tan grande para esta última, que una de las principales actividades del historiador que se ocupa de los siglos XIX y XX es su organización y selección. Por ello, a este profesional le resulta fundamental, y también más sencillo, la diferenciación entre fuentes primarias y secundarias. En comparación, todos los estudios dedicados a siglos anteriores, especialmente a los de antes de la invención de la imprenta, adolecen de una penuria de fuentes primarias<sup>57</sup>. Desde una perspectiva (excesivamente) reduccionista, los textos de los historiadores grecorromanos no son sino fuentes secundarias sobre los temas que tratan y, salvo excepciones, sólo son fuentes primarias del ambiente intelectual de su propio tiempo, región y estrato socioeconómico<sup>58</sup>. No obstante, si fuese llevada al extremo, esta perspectiva resultaría excesivamente simplista porque, como se ha dicho más arriba, muchos de los eventos y procesos históricos tratados por los historiadores antiguos fueron vividos en primera persona o escuchados relatar por testigos directos. Además, en muchos casos, éstos pudieron consultar obras anteriores, excepcionalmente incluso archivos, hoy desaparecidos, de los que obtuvieron una información que impide clasificar sus obras como mera fuente secundaria. Lo contrario es lo habitual: las bibliografías actuales de los estudios sobre la Antigüedad suelen incluir un apartado de fuentes primarias en el que se enumeran todos los autores antiguos utilizados. Esta convención metodológica no deja de ser un reflejo de la supervivencia de esa zona gris entre fuentes primarias y secundarias para el estudio de las sociedades antiguas, en la que también se inscriben los materiales arqueológicos, y sobre la que siempre es útil volver

---

57. Cadiou et al., *Comment... op. cit.*, 189-208.

58. Emilio Gabba, "Literature", en Michael Crawford (ed.), *Sources for Ancient History*, Cambridge, 1983, 1-26.

a reflexionar<sup>59</sup>. El caso de la historia de Cartago, para la que contamos con una serie de textos antiguos limitados y exógenos, es un buen ejemplo de ello<sup>60</sup>.

La profesionalización de la Filología y la Historia Antigua permitió, especialmente en la universidad alemana, un importante avance durante el siglo XIX en lo que se dio en llamar *Quellenforschung*: la investigación sobre las fuentes primarias empleadas por los historiadores antiguos, a partir de la cual poder clasificar sus informaciones según diversos grados de fiabilidad. Esta tendencia tuvo también un notable impacto en la historiografía «cartaginesa»: entre 1873 y 1914 se defendieron en alemán 17 tesis doctorales dedicadas exclusivamente a la historia militar cartaginesa, cinco de las cuales se centraron específicamente en la crítica de las fuentes empleadas por Tito Livio, Silio Itálico, Valerio Antias o Cornelio Nepo, mientras que otras se focalizaron en batallas concretas de las Guerras Púnicas, tres de ellas sólo en Cannas<sup>61</sup>. Máximo exponente de esta corriente de interés por las Guerras Púnicas, favorecida por el clima militarista del Imperio alemán, es la obra de H. Delbrück<sup>62</sup>, que escapa no obstante de los límites propuestos para este artículo. Uno de los efectos que provocó esta corriente de estudio en la historiografía «cartaginesa» fue un significativo incremento de la calidad y profundidad con que se pasó a utilizar a los autores antiguos. Dicha bibliografía, no obstante, quedó profundamente marcada por la perspectiva belicista y, así, por todos los problemas y límites que ésta conlleva, entre otros, por ejemplo, el reducir implícita o explícitamente toda la sociedad cartaginesa a la figura del enemigo, ya que, al margen del gran prestigio de Aníbal entre los militares prusianos, la identificación del Imperio se hacía obviamente con la vencedora Roma.

Entre las obras que ejemplifican el salto cualitativo experimentado por las historias de Cartago gracias a estas últimas tendencias historiográficas podemos contar las de O.

---

59. «Indudablemente la historia se hace con documentos escritos. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si éstos no existen. Con todo lo que el ingenio del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel, a falta de las flores usuales. Por tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con cerámicas. Con la forma de los campos y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabestros. Con exámenes periciales de piedras realizados por geólogos y de espadas de metal por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre y significa su presencia, actividad, gusto y formas de ser. ¿No consiste toda una parte y, sin duda, la más apasionante de nuestro trabajo como historiadores en un constante esfuerzo para hacer hablar a las cosas mudas, hacerles decir lo que no dicen por sí mismas sobre los hombres, sobre las sociedades que las han producido y constituir finalmente entre ellas esa vasta red de solidaridades y de apoyos que suplen la ausencia del documento escrito?» (Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, 1982 [1952, trad. F. J. Fernández Buey y E. Argullol], 232-233).

60. Una percepción más pesimista de esta cuestión se encuentra en Charles Gilbert Picard, “Est-il possible d’écrire une histoire de Carthage ?”, I CIEFP, Roma 1979, Roma, 1983, 279-283.

61. Trapp, *Darstellung... op. cit.*, 135-136. Sobre la influencia que tuvo el estudio de esta batalla en el Estado Mayor del Imperio alemán, cf. Trapp, *Darstellung... op. cit.*, 146-157.

62. Sven Lange, *Hans Delbrück und der „Strategiestreit“: Kriegsführung und Kriegsgeschichte in der Kontroverse 1879 – 1914*, Freiburg, 1995.

Meltzer, publicadas entre 1879 y 1896, la de U. Kahrstedt de 1913 y los volúmenes de S. Gsell, publicados entre 1913 y 1929.

O. Meltzer participó de la creciente dinámica crítica hacia las fuentes clásicas, aunque toda su carrera se desarrolló como profesor de enseñanza secundaria. Siguiendo el ejemplo de F. K. Movers, quien había producido, entre 1841 y 1856, la historia de los fenicios más completa de su tiempo, planificó su obra en dos volúmenes que, a la postre, se demostraron insuficientes y, desafortunadamente, al igual que el orientalista de Breslau, no logró llevar a buen término. El primer tomo de su *Geschichte der Karthager* se divide, temáticamente, en una contextualización de la fundación de Cartago en el marco de la expansión fenicia por el Mediterráneo, con una extensión de 140 páginas, seguida del análisis de cómo la ciudad se erigió en potencia dominante del Mediterráneo central hasta el final del siglo IV a.C., en otras 260 páginas. En el segundo tomo, aparecido en 1896, otras 230 páginas se dedican a las guerras y las relaciones diplomáticas cartaginesas desde la invasión de Agatocles hasta el inicio de la Segunda Guerra Púnica, con atención detallada incluso a la formación de partidos rivales en el seno de las instituciones cartaginesas<sup>63</sup>. Además, el tomo se completa con 150 páginas dedicadas a la constitución y a la administración del Estado cartaginés (las fuentes para su estudio, lo que de éstas se puede deducir sobre las clases sociales cartaginesas, sobre la pentarquía, el jurado de los 104, los sufetas y otras magistraturas, la gestión de su imperio, sus finanzas y emisiones monetarias, la organización militar y sus relaciones con Tiro). Un capítulo final de 70 páginas se centra en la topografía de la ciudad de forma exhaustiva, teniendo en cuenta la información disponible en su época.

Sus dos tomos están acompañados de notas al final del texto, algunas de las cuales alcanzan varias páginas de extensión. En ellas, el autor desciende con gran detalle hasta la discusión sobre la lectura, interpretación y evaluación de determinadas frases o términos empleados por los autores antiguos y sobre los debates que, al respecto, se podían encontrar en la historiografía reciente. Con la seguridad que le ofrece este profundo análisis, O. Meltzer se puede permitir la aplicación del método deductivo e inductivo para superar las informaciones transmitidas por los autores antiguos. No obstante, su obra se presenta más como una yuxtaposición de problemas singulares de la historia de Cartago que como una historia completa. El Conde de Campomanes, A. L. H. Heeren, incluso R. Bosworth Smith, ya habían trabajado en este sentido, pero la novedad aportada por O. Meltzer es que sus deducciones y sus hipótesis se basan en un dominio de la historiografía antigua muy superior al de sus predecesores y, de este modo, son mucho más sólidas. Así, este autor ofrece, por primera vez, una verdadera herramienta de investigación en el sentido actual del término.

Aunque el fallecimiento de O. Meltzer en 1909 le impidió ver publicado el tercer volumen de su serie, esta tarea fue asumida con gran solvencia por un joven prometedor, quien poco después, con tan sólo 25 años, publicó la *Historia de los cartagineses entre 218 y 146 a.C.*

---

63. Otto Meltzer, *Geschichte der Karthager*, 2 vols., Berlín, 1879-1896, 2.357-369.

en forma de habilitación, lo que le valió la cátedra de Historia Antigua en Münster<sup>64</sup>. Beneficiario del *Reisestipendium* del Instituto Arqueológico Alemán, su obra no sólo se apoyaba en una meticulosa crítica filológica de los historiadores antiguos y en la historiografía reciente, sino en un notable conocimiento de la topografía de Cartago y de otros yacimientos fenicio-púnicos, así como de los materiales arqueológicos hallados en ellos, gracias a las visitas que la beca de viaje le permitió hacer por todo el Mediterráneo occidental. Con este trabajo, que se publicó como el tercer tomo de la *Geschichte der Karthager*, U. Kahrstedt aspiraba, no sin cierta vehemencia<sup>65</sup>, a distinguirse de la perspectiva general de los dos primeros tomos de la serie<sup>66</sup>. Su trabajo no sólo exprime las fuentes grecolatinas, gracias en parte al gran trabajo anteriormente realizado por O. Meltzer, sino que se aventura en la aplicación de una nueva perspectiva hacia las mismas: ya no se trata de reconocer en el terreno lo que han descrito las fuentes, sino de evaluar la fiabilidad de cada pasaje antiguo en la medida en que éste esté más o menos corroborado por los restos arqueológicos.

Su argumentación está sólidamente apoyada en los últimos resultados arqueológicos, profusamente citados a pie de página, algo que resulta una primicia en la historiografía «cartaginesa». Este notable incremento de la calidad metodológica apenas queda empañado por el uso ocasional de inducciones relativamente frágiles, que el autor presenta a modo de seguras premisas. Sobre éstas levanta hipótesis que, por tanto, resultan cuestionables, aunque se expresen mediante una prosa tan directa, que delata la juventud del autor. Más problemática resulta (hoy) la plena aceptación de los prejuicios orientalistas que puede resumirse en la subordinación intelectual (artística, política, técnica, etc.) de los cartagineses frente a griegos y romanos<sup>67</sup>, lo que convertía a la Cartago de Aníbal, en su opinión, en un Estado en clara decadencia que no podía sino ser derrotado.

La introducción de la demografía estadística, el aprovechamiento de los estudios militares sobre táctica y logística, la profusión de datos para establecer hechos y la renuncia a comparaciones anacrónicas y analogías explicativas dieron al texto de U. Kahrstedt una

---

64. Un análisis detallado de la aportación de U. Kahrstedt a la historiografía «cartaginesa» se puede encontrar en Trapp, *Darstellung... op. cit.*, 158-182.

65. Ulrich Kahrstedt, *Geschichte der Karthager von 218-146*, Berlín, 1913, vii.

66. En su introducción reconoce haber recibido un voluminoso manuscrito de O. Meltzer, pero afirma haberlo usado poco, citándolo como si se tratase de una obra publicada. Además, como curiosidad, no sólo agradece las horas de dedicación y atención recibidas en el yacimiento de Cartago por parte de S. Gsell y A. Merlin, y en el *Musée Lavignerie* (hoy *Musée National de Carthage*) por parte de A. L. Delattre, sino también las de otros responsables de excavaciones y museos en varios países, entre ellos España. Con cierto humor se pueden leer los agradecimientos expresados al Marqués de Cerralbo en su visita a Carmona, pese a su más enérgica crítica frente a sus métodos arqueológicos.

67. U. Kahrstedt se sorprende de la fealdad de los productos cartagineses (Kahrstedt, *Geschichte... op. cit.*, 29), típicamente bárbaros (Kahrstedt, *Geschichte... op. cit.*, 58) y que sólo alcanzan una cierta calidad cuando están influidos por el helenismo (Kahrstedt, *Geschichte... op. cit.*, 52). Se pregunta cómo puede, con esta industria, progresar un pueblo de comerciantes, llegando a la conclusión de que su comercio fue posible sólo con aquellos pueblos aún más incultos que ellos, como Numidia, Mauritania y España (Kahrstedt, *Geschichte... op. cit.*, 70).

apariencia de científicidad superior a la de la historiografía anterior. Estas técnicas de trabajo y redacción<sup>68</sup> no sólo supusieron un incremento en la calidad científica de su obra, sino una aceptación mayor por parte del lector del mensaje subliminal (en este caso racista y clasicista) que contenía, enraizado como estaba, como todo trabajo científico, en el contexto sociopolítico y cultural de su autor<sup>69</sup>. Este mensaje subliminal, además, apenas llamaba en sí mismo la atención porque encajaba en una corriente de opinión cada vez más difundida en la universidad europea en general<sup>70</sup>, y sobre la historia de fenicios y cartagineses en particular<sup>71</sup>.

Por su parte, los estudiosos franceses tenían un acceso privilegiado a la realidad arqueológica del yacimiento, al haber sido Túnez declarado en 1881 bajo Protectorado francés. Los trabajos de estos investigadores, generalmente formados en l' *École française de Rome*, denotan una mayor carga ideológica fruto de la relevancia particular que el contexto político y diplomático francés otorgaba a la Arqueología y la Historia Antigua en sus colonias. No sorprende, así, que la asimilación de la administración colonial francesa con el Imperio Romano en el Maghreb haya provocado que se privilegiase en este territorio el estudio de las fases romanas y paleocristianas por encima del periodo prerromano, de las poblaciones autóctonas, o de la posterior conquista árabe<sup>72</sup>. Así, el primer trabajo que la escuela francesa dedicó a Cartago, en la moderna línea de recopilación enciclopédica y crítica exhaustiva de las fuentes, el de A. Audollent<sup>73</sup>, no tuvo como objeto la fase púnica, sino la romana, por lo que no será analizado en estas páginas.

La obra que surgirá con vocación de referencia en este sentido será la de S. Gsell. El que fuera Director del Museo de Alger e Inspector General de los museos arqueológicos de Algeria, entre otros cargos<sup>74</sup>, planificó una gran obra dedicada al Maghreb desde la Prehistoria hasta el final de la romanidad, aunque «sólo» llegó a publicar, entre 1913 y 1929, sus

---

68. No obstante, la obra de U. Kahrstedt fue ya criticada en una recensión por intentar sugestionar excesivamente al lector, ofreciéndole más opiniones que datos: H. Philipp, "Rezension: Ulrich Kahrstedt, Geschichte der Karthager von 218-146", *Neue Jahrbücher für das Klassische Altertum*, 3, 1913, 686-692.

69. Cornelia Wegeler, „Wir sagen ab der internationalen Gelehrtenrepublik.“ *Altertumswissenschaft und Nationalsozialismus. Das Göttinger Institut für Altertumskunde 1921-1962*, Viena, 1996, 90, 147-162.

70. El ascenso y caída de la valoración concedida a las antigüedades fenicio-púnicas por la élite intelectual de los Estados industrializados, entre la Ilustración y hasta la Segunda Guerra Mundial, ha sido bien resumido por Martin Bernal, *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona, 1993 [1987, trad.: T. de Lozoya], 311-363, al margen de la exactitud de sus observaciones filológicas relacionadas con las raíces afroasiáticas de la cultura griega.

71. Una visión marcadamente racista de la historia antigua había sido recientemente evidenciada en los cinco volúmenes de la monumental *Historia de la Antigüedad* de E. Meyer, publicados entre 1884 y 1902, con juicios particularmente negativos sobre la religión, el carácter y la cultura cartaginesas, tratada de forma episódica y romanocéntrica (cf. Trapp, *Darstellung... op. cit.*, 185-193).

72. Fumadó Ortega, *Cartago. Historia... op. cit.*, 75-100; Clémentine Gutron, *L'archéologie en Tunisie (XIXe-XXe siècles), jeux généalogiques sur l'Antiquité*, París, 2010.

73. August Audollent, *Carthage romaine : 146 av. J.-C. – 648 apr. J.-C.*, París, 1901.

74. Etienne Michon, "Éloge funèbre de M. Stéphane Gsell, membre de l'Académie", *CRAI*, 76-1, 1932, 7-13.

ocho primeros volúmenes, que cubrían hasta el año 40 d.C.<sup>75</sup>. Los cuatro primeros estaban dedicados casi exclusivamente a Cartago. El mismo año que vio la luz la habilitación de U. Kahrstedt se publicaba el primer volumen de la *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*. En él, un último tercio de la obra está dedicado a la expansión fenicia por el Mediterráneo y a la exploración marítima y colonización del mismo por Cartago, precedidos por dos primeros capítulos en los que se describen las condiciones naturales que los colonizadores encuentran al llegar al Maghreb. En esta primera parte se atiende a la geografía, el clima, los tipos de suelos de la región, etc., como cabría esperar, pero también, de forma muy elocuente sobre el contexto cultural colonialista en el que se inscribe la obra, se incluye en este apartado un estudio de antropología física sobre las poblaciones autóctonas y la lengua líbica. Así, vemos que, desde el inicio, el gran proyecto de S. Gsell era dotar al colonizador de una herramienta de comprensión y control del norte de África desde precisamente esa perspectiva<sup>76</sup>.

Los volúmenes II, III y IV de la serie, publicados entre 1918 y 1920, están consagrados, respectivamente, al Estado cartaginés, a su historia militar desde la expedición africana de Agatocles hasta el 146 a.C., y a su civilización<sup>77</sup>. En ellos se incluye una detallada discusión sobre la topografía urbana, de 180 páginas, a partir tanto de los textos antiguos como de las excavaciones modernas, además de extensos capítulos sobre la constitución cartaginesa, la administración de sus colonias, al aparato militar con que someterlas y mantenerlas, y su agricultura, comercio y religión. En todos estos temas, el conocimiento y uso de fuentes escritas y materiales queda apoyado por las constantes citas a pie de página y por la discusión de ambos tipos de fuentes, sin priorizarlos. Así, S. Gsell presenta un exhaustivo estudio de la historia de Cartago que se ha liberado definitivamente de la narración de eventos que se puede construir a partir de los historiadores antiguos, tal como hizo ya Ch. Rollin. El investigador no está al servicio de las fuentes, sino al contrario. El historiador no debe aceptar ya el papel de transmisor o comentarista de aquel relato grecolatino escrito a varias manos, sino que debe usar aquellas fuentes, junto a otras (numismáticas, epigráficas, iconográficas, arqueológicas, topográficas, antropológicas, filológicas, etc.), para responder a

---

75. Denis Lengrand, *Stéphane Gsell et l'histoire de l'Afrique antique*, Tesis doctoral inédita, Université de Paris 10, 1990.

76. La administración colonial francesa explicaba su agenda en el Maghreb, a veces de forma explícita, como la continuación de una obra civilizadora iniciada por los antiguos romanos, por lo que el conocimiento histórico y arqueológico de esta región durante la Antigüedad sobrepasaba la curiosidad científica y se entrelazaba con la acción política: cf. Gustavo Sanz Palomera, "El colonialismo francés y la recuperación de la agricultura romana en África", *Revista de historiografía*, 8, 2008, 134-135.

77. Los volúmenes V y VI sobre los reinos indígenas siguen siendo una parte fundamental de la bibliografía actual sobre este argumento. Algo más se ha desarrollado el estudio de las fases romanas republicanas en África, aunque ambos temas escapan a los objetivos del presente artículo.

las cuestiones que resultan relevantes para la sociedad de su tiempo<sup>78</sup>, que en el caso de S. Gsell es principalmente colonial<sup>79</sup>.

La sociedad europea en la que se inscriben los trabajos de U. Kahrstedt y S. Gsell se encaminaba, sin saberlo, hacia dos guerras mundiales. Diversos prejuicios raciales y orientalistas, a cuya difusión contribuyeron en no poca medida los estudios sobre la Antigüedad, marcaban crecientemente la política y la cultura de esta sociedad, a veces sólo de forma subliminal<sup>80</sup>. La valoración positiva que merece el indudable incremento en la calidad metodológica de estos trabajos debe considerarse de forma independiente al juicio sobre su contribución al clima prebélico y nacionalista de su época, así como a su contribución a que las élites francesas y alemanas interiorizaran una pretensión de superioridad sobre el resto, especialmente sobre las poblaciones consideradas orientales. Para pronunciarse sobre tal juicio sería necesario aplicar, junto a los instrumentos de la Historia Contemporánea, otros propios de la Sociología y de la Ética, lo que no figura entre los objetivos de este artículo. Éstos son, como se indicaba al inicio, la exploración del proceso de perfeccionamiento y complejidad metodológica de las síntesis históricas que escogieron a la antigua ciudad de Cartago como objeto de estudio.

## 5. Consideraciones finales

El mencionado proceso apenas tuvo consecuencias en la historiografía española, cada vez más replegada sobre sí misma durante el siglo XIX. El auge del positivismo favoreció que la sociedad de la Restauración emprendiera un progresivo esfuerzo, durante el primer tercio del siglo XX, por modernizar e institucionalizar también la práctica de la Historia y de la Arqueología. Sin embargo, la exigua realidad de los resultados alcanzados, en comparación con los de otros Estados europeos más industrializados, suponía una barrera adicional para superar el ámbito local de las investigaciones. La actividad arqueológica en el exterior, por ejemplo, salvo por algunas contadas excepciones<sup>81</sup>, no se ha convertido en una realidad habitual

---

78. La experiencia demuestra, no obstante, que con una buena prosa se puede obtener éxito editorial pese a ignorar estas premisas (cf. Miles, *Carthage... op. cit.*).

79. Fumadó Ortega, *Cartago. Historia... op. cit.*, 101-104.

80. Este fenómeno fue puesto de relieve por primera vez en 1978 por Edward Saïd, *Orientalismo*, Barcelona, 2003; y, más tarde, también en 1993: Edward Saïd, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, 2004. Un análisis concreto de la perspectiva esencialista en Historia Antigua puede hallarse, por ejemplo, en la interpretación de la piratería cartaginesa: Eduardo Ferrer Albelda, "La piratería en los tratados entre Cartago y Roma", en Alfonso Álvarez-Ossorio Rivas, Eduardo Ferrer Albelda y Enrique García Vargas (eds.), *Piratería y seguridad marítima en el Mediterráneo antiguo*, Sevilla, 2014, 95-126.

81. Algunas de ellas fueron objeto de estudio en el congreso de 2012 co-organizado por el autor en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando: Jorge García Sánchez (ed.), *El arquitecto José Ignacio Hervada (1902-1949). El sueño de una arqueología española en Grecia entre los siglos XVIII y XX*, Madrid, 2013.

hasta el último cuarto del siglo XX<sup>82</sup>. Con relación al pasado cartaginés, el hiato en castellano va desde la obra de Campomanes hasta 1942, cuando A. García y Bellido publicó su *Fenicios y Cartagineses en Occidente* que, no obstante, en contra de lo que su título deja suponer, no se ocupa directamente ni del yacimiento ni del Estado de Cartago, sino de aquellos episodios que atrajeron a los cartagineses hasta la Península Ibérica.

Tradicionalmente se indica la obra de A. Comte como el nacimiento del positivismo, pero el ascenso académico de historiadores inspirados (indirectamente) en él, o al menos de historiadores de la Antigüedad, tardó dos generaciones en consumarse. Aunque la corriente historiográfica positivista suele explicarse hoy a través del prisma (¿excesivamente?)<sup>83</sup> crítico de la posterior escuela de *Annales*, esta corriente supuso indudables mejoras metodológicas para nuestras disciplinas, siendo la apertura a la interdisciplinariedad quizá una de las más importantes. Pero, al mismo tiempo, esta mejora metodológica dio alas a la quimera de la objetividad y, así, reforzó el efecto de su carga ideológica y subjetiva. Respecto a la sociedad cartaginesa, esta carga ideológica degradó notablemente su percepción moderna<sup>84</sup>. Así, Cartago pasó de ser percibida como una pujante nación de mercaderes republicanos, digna de la atención y admiración de los ilustrados, a una decadente sociedad oriental que, observada a través del filtro del antisemitismo y de las teorías raciales imperantes durante la primera mitad del siglo XX, aparecía atrapada en su inferioridad y condenada a su inevitable destrucción<sup>85</sup>.

En conclusión, el impulso metodológico de la tradición historiográfica positivista no sólo tuvo efectos favorables. La explicación del pasado quedó relegada frente a la metodología y a la compilación de datos, camuflando la ideología y la política inevitablemente contenida en cada narración histórica y en cada investigación científica. Este fenómeno se ha repetido en la última centuria con el auge de la estadística, de la arqueometría o de los sistemas de información geográfica, a considerar como métodos imprescindibles, pero nunca suficientes, en la construcción de un discurso histórico<sup>86</sup>. Una de las lecciones más importantes que,

---

82. Una historia de la arqueología española ha sido recientemente publicada con motivo del 150 aniversario del Museo Arqueológico Nacional: AA.VV., *El poder del pasado. 150 años de Arqueología en España*, Madrid, 2017.

83. Carreras Ares, *Ventura... op cit.*

84. Esta transformación de la percepción moderna sobre los cartagineses no sólo se manifestó en ámbitos académicos, sino también en todo tipo de manifestaciones artísticas: José Ángel Zamora López, Antonio Duplà, Esteban Hernández, Francisco García Jurado, Marta García Morcillo, Asier Mensuro y Vanessa Boschloos, “Cartagine nell’immaginario moderno e contemporaneo: la pittura e la scultura, la musica, i romanzi, il cinema e il teatro, i fumetti, i videogiochi”, en Alfonsina Russo, Francesca Guarnieri, Paolo Xella y José Ángel López Zamora (eds.), *Carthago. Il mito immortale*, Milán, 2019, 269-285, incluido el cine: Iván Fumadó Ortega, “Cartago en el cine italiano hasta la Segunda Guerra Mundial. Nuevos medios, mismas representaciones”, *Revista de historiografía*, 8, 2008, 99-104.

85. Bernal, *Atenea... op. cit.*, 311-363.

86. Ver la reflexión de Hans Joachim Gehrke, “Historiographical methods”, en *Brill’s New Pauly, Classical tradition*, II, Leiden/Boston, 2007, 878-888.

quizá para cualquier historiador, cabe extraer de la historiografía «cartaginesa» analizada en este trabajo, es que la subjetividad del historicismo no sólo no desapareció con el positivismo, sino que se hizo más efectiva al influir en el lector de forma más subliminal y con una mayor apariencia de objetividad.